

## Damiselas en apuros N° 49

### Imaginate...

Por Moira Chas



*Baird dijo: Cada mujer tiene un varón dentro de ella. Incluso tú.  
Charlotte respondió: No, no yo. Soy muy mala en matemáticas  
y no puedo cambiar un neumático ni para salvar mi vida.  
De la serie **Sex and The City**, alrededor de 2000*

Imaginate que creciste en una sociedad que constantemente repetía ideas recibidas de ese tenor; y donde tus maestros creían -inconscientemente o no- que una de las características que define tu género es ser mala en matemáticas. Imaginate que tenías una Barbie que decía: “La clase de matemáticas es dura. ¿Alguna vez tendremos suficiente ropa? Me encanta ir de compras”. Ahora ampliá tu visión para poder ver reiteraciones diarias de eventos semejantes; imaginá esos eventos poblando tu mente desde que naciste, de forma lenta, persistente, insidiosa. Imaginá que las alabanzas a tu belleza son muchas más que las que recibe tu mente. Imaginá que sos recompensada cuando sos amable, y castigada cuando no lo sos. Imaginá que una vez en la universidad decidís ir a por las matemáticas, a pesar de todo. Y allí, una vez más, no encontrás a nadie o a casi a nadie que se te parezca. Estudiantes o profesores no

son como vos; todos se parecen entre ellos pero no a vos. Vos sos la diferente. Imaginá que sonreís después de una pequeña victoria académica y uno de tus compañeros susurra en tu oído: "Esa victoria no es tuya. Te dejan ganar por tu aspecto".

Después de la universidad decidís ir por un Ph.D. de matemáticas. Has oído que hay que ser brillante para tener éxito allí, y dudás de vos misma. Todas esas imágenes de genios masculinos torturados bailando en tu mente... Tal vez deberías ir por una disciplina que no requiera tal brillantez. Nadie te dice que el trabajo duro, el trabajo duro que sabes hacer bien, es el componente principal.

Lo hiciste. Fuiste admitida a un gran programa de doctorado en matemáticas. Oíste a alguien de tu clase diciendo que no habías ganado esa admisión. Este comentario trae consigo más dudas. Milagrosamente, encontrás a una compañera que está terminando exitosamente ese programa de doctorado. Ella habla acerca de sus dudas, y suena tan parecida a vos que te parece estar mirándote en un espejo. Te das cuenta entonces de lo absurda que es tu propia duda. El espejo ayuda a las dos.

Cada nuevo paso en la comprensión te trae una satisfacción única. Lo que no sabés todavía es que, a lo largo del camino, tendrás una desventaja, minúscula y constante. Lo que sí sabes es cómo funciona el crecimiento exponencial. Un minúsculo porcentaje de desventaja se acumula, y después de algunos años la diminuta desventaja ya no es tan diminuta. Improbable, pero puede que seas un caso atípico, y que subas a la parte más alta y solitaria de la montaña donde absolutamente nadie se parece a vos. Los casos atípicos son muy pocos. Las matemáticas te necesitan incluso si no sos uno de esos casos atípicos.

Quizás leas acerca del sesgo implícito, estas suposiciones incorporadas inconscientemente que influyen en los juicios y las percepciones de las personas sobre sí mismas, sobre los otros. Hay herramientas para mejorar los efectos de este sesgo en la selección de candidatos, y tal vez algunas de estas herramientas se aplicaron cuando fuiste admitida en el programa de doctorado. Tal vez el comité logró hacer las evaluaciones más anónimas, y desarrolló criterios objetivos antes de evaluar. Podría haber ocurrido: uno o dos profesores podrían haber insistido durante años, mientras que sus colegas matemáticos les explicaban cómo ser objetivos y cómo llegar a través de este juicio a la certeza de su propia objetividad absoluta.

Alguien puede insinuarte que el grupo al que pertenecés quizás no sea bueno en matemáticas. Este comentario tiene un efecto en vos, un efecto adverso. Pero alguien más puede recordarte entonces que tu cerebro está cambiando constantemente, nuevas

conexiones se forman cada vez que te sentás y pensás. Corrés a tu escritorio y te sentás y pensás y casi podes sentir todas estas conexiones nuevas cobrando vida, y a través de ellas, bellas imágenes matemáticas viajando a través cerebro.

Hiciste una pregunta en clase. Fue una pregunta tonta, y la respuesta que recibiste lo mostró claramente. Te sentiste totalmente, irremediabilmente tonta. Tal vez pensás que una pregunta por el estilo era esperable en alguien de tu género. La profecía pesimista, "Gente como vos está mal equipada para hacer matemáticas", una vez más se convirtió en realidad. Es difícil hacer tu tarea cuando te sentís completamente tonta. Quizás te topaste entonces con un texto que afirma que los errores son inevitables, que pueden ser pasos positivos en el proceso de comprensión. ¿Y si eso fuese cierto? Te acordás de cuando tus compañeros de clase, a los que sostenés en tan alta estima, hicieron preguntas tontas. Sabes bien que nunca deducirías que las preguntas tontas implican que las personas que las formularon son tontas. No fusionás la persona y la pregunta, como lo hiciste con vos misma.

Salís con los otros estudiantes, vas a una fiesta. Alguien te pregunta por tu novio. Te das cuenta de que esta persona infirió que tu única posibilidad de estar allí, entre los estudiantes de matemáticas, sería que fueses la novia de uno de ellos.

Entonces llega el momento de devolver los exámenes a los estudiantes del grupo al que les das clase. En algunos de ellos, con rendimiento promedio, se observan dos reacciones: aquellos que se te parecen expresan la intención de abandonar, porque no creen ser lo suficientemente buenos como para seguir estudiando matemáticas. Los estudiantes (generalmente varones) que no se parecen a vos están muy sorprendidos al recibir una calificación promedio. Incluso si esperaban una nota mejor, no expresan ninguna intención de abandonar.

Te das cuenta de que sería bueno volverte una defensora de vos misma. ¿Por qué disminuir tus logros? Oír tu voz diciendo: "Yo solo hice esto" y preguntarte por qué "solo". No hay necesidad de tal adverbio calificando tus acciones.